

Humberto Correa

"ESPEJITO'E CACHIMBA"
versos criollos

Prólogo de FRANCISCO ESPINOLA



ESPEJITO 'E CACHIMBA

H U M B E R T O C O R R E A

ESPEJITO' E CACHIMBA

V E R S O S C R I O L L O S

Prólogo de
FRANCISCO ESPINOLA (Hijo)

M O N T E V I D E O

1 9 6 1

*Este libro lo dedico a mi señora esposa,
mi eterna novia y gaucha compañera de
los caminos, CONCEPCION T. ALON-
SO DE CORREA, y a nuestra querida
hijita ELVIRITA CLEO, para que ten-
gan un recuerdo de su padre gaucho.*

Humberto Correa.

PROLOGO

Una larga amistad me une al autor de estos versos, el cantor Humberto Correa. Y en lo que a mi respecta tan antiguo afecto encierra un matiz entrañablemente agradecido.

Eramos jóvenes al conocernos e intimar. Llegado él a mi pueblo me lo hacía saber enseguida. Yo no acudía a algunos de los importantes cafés del "centro" donde actuaba. Prefería esperarlo después de la audición, en más modesto lugar de reuniones nocturnas, para lo que convocaba a dos o tres amigos que lo querían como yo y que, admiraban a aquel joven gaucho, buen cantor e improvisador, primoroso guitarrero, dueño de una simpatía irresistible, jovial y distinguido en sus modales, grave, hondo, cuando la situación lo exigía, y siempre, siempre, irreprochable caballero.

En aquellos tiempos estaba delgado, vestía con lujo, ya las prendas camperas, ya las de ciudadano. La alegría de vivir le brillaba en los ojos.

Era un pájaro en el aire más radiante. Nada es de extrañar, pues, que halagado por la fama, acentuando el natural atrayente con su instrumento entre los brazos, bien considerado por todo el mundo, el amor se le rindiera como una guitarra más. Así la mujer que haciale la terciá en algunas de sus canciones cambiaba a cada visita al pueblo, sin que fuese diferente la devoción de mi amigo, la delicadeza respetuosa con que distinguía a la nueva, el celo con que a los demás exigía para ella todas las consideraciones, hasta imponerlas alguna vez,

cuchillo en mano. (¿Recuerdas, amigo, el desparramo de una noche en el patio de lo de Bordad, mientras los relámpagos resquebrajaban el cielo?)

Pasada ya la media noche, Correa terminaba su actuación profesional, y me buscaba en el sitio convenido, con varios amigos comunes, yo ya estaba allí. Si la temperatura era propicia, nos sentábamos afuera, en un gran fondo bajo las estrellas, y a la amarillenta luz de un farol colgado lejos.

Y sintiéndose atendido con reverente unción, Humberto Correa cantaba y tocaba como nunca. Atraídos por un lazo misterioso y fuerte, algunos parroquianos iban apareciendo desde el salón, se recortaban un instante en la viva luz de la puerta que entreabrían, y en el patio las sombras desaparecían, todavía indecisas. Eran por lo general, de aquellos que no pueden entrar ni siquiera como mirones en los cafés del "centro"... por la ropa.

La rueda se hacía mayor. Las mesas se acoplaban y se poblaban de copas, y de botellas... La atención cobraba intensidad inaudita.

Yo estaba muy angustiado en aquellos años, buscaba el seno de mi patria en mi propio corazón, en el estudio, en el contacto con las almas inocentes que conservaban sus jirones. En ese tiempo, yo podía todavía llorar sin lágrimas. Recién ahora al leer estas líneas, Humberto Correa sabrá cuanto lloró mi corazón escuchándolo, mientras la mirada perdida, apurando ese alcohol que santamente ayuda a sostener y dar proyecciones a las emociones hondas del alma.

Un grupo de casi ex-hombres y alguna casi ex-mujer, se sentía bajo la caricia misericordiosa de la patria, esa madre común cuya presencia se añora más de lo que cada uno confiesa. En mi también, la desesperación que después me iba a estallar en "Sombras sobre la tierra" se afloraba anemansándose.

Yo me hacía como niño, como niños se volvían los demás oyentes en la propicia semioscuridad del recinto, ante el hechizo del arte del joven cantor que, entonces sí estaba grave, y a cuya voz seguía como una luzcita dulce, la voz de la muchacha acompañante. Se hacían vivos los viejos usos y las viejas costumbres, el paisaje nativo, su fauna y su flora en la mención casi siempre nostálgica de la décima, las formas humanas típicas: el patrón, el peón, el juez, el comisario. . .

Las estrellas iban palideciendo hasta apagarse. Como en puntas de pie nos sorprendía la aurora. ¿Escuchaba también?

Correa era demasiado inteligente como para no advertir el efecto de aquel su sortilegio, y demasiado bueno para retacearlo. Por eso cantaba y tañía sin decir no. Hasta que los rumores de la ciudad que despertaba nos hacía inexorablemente sentir a todos que nuestro mundo desaparecía para dar paso al otro, y que nosotros mismos debíamos desaparecer en aquellos que habíamos momentáneamente sido.

Recuerdo que cierta noche, el paso vacilante, el poncho hecho una lluvia de tiras, tomó a mi solicitud asiento a nuestro lado, uno de los que a fines del siglo pasado, fuera de los cantores famosos del sur. Decrépito, muy enfermo, ya sin voz y con las manos inservibles, por los años y por el reuma, de su pasado sólo le quedaba el hábito de no dormir de noche, y el de beber alguna copa. . . cuando se la ofrecían sus amigos.

Correa en ese momento estaba cantando. En uno de los breves intervalos entre estrofa y estrofa, yo le musité de quién se trataba, el recién llegado.

Entonces nuestro cantor fue desviándose del tema hasta que aludió directamente el decrepito trovero. Y le dijo que le extrañaba verlo abatido así, por viejo estaba sin voz, no podía hacer sonar limpiamente su guitarra.

Eso le trajo pobreza, olvido, desvíos de amistades, soledad de soledades.

¿Pero es que tales cosas lo tomaron de sorpresa?, ¿No era ese el destino del cantor?

Ahora allí, lo tenía a él, joven, con dinero, con amigos obsequiosos, con una linda mujer al lado; mas un día, un día le llegará también la vejez.

Y entonces... Pero que importaría. El cantor sabe de antemano todo.

La gloria de su presente es saber con displicencia el desastre de su fin.

Así habló al anciano, así nos habló a todos, cantando Correa aquella noche.

Hoy, después de 25 años, él no está viejo, ni mucho menos, pero se halla enfermo, debe cuidarse, dejar de actuar en público; sin embargo no queda en la orfandad como aquel otro infortunado amigo, y como tantos, como casi todos.

Es que los tiempos han cambiado, hoy en nuestro país una Ley de Faustino Zabala Muniz conmovedoramente comprensiva, concede a los cantores el derecho jubilatorio.

Y Humberto Correa es el primer Payador que se Jubila.

No le faltarán pues, recursos económicos.

Como así mismo no le falta el amor, en el seno del hogar, la esposa y la hija disiparán con su cariño, la nube que quizás, ha de empañarle los ojos cuando del fondo de la memoria, le llegue el eco de los aplausos y de los halagos que hiciera nacer con su arte. Además, mi amigo siempre fue hombre que no se ahoga en un vaso de agua, y si ya no canta, ahora escribe.

El libro para el cual estas líneas servirán de prólogo, está integrado por su producción poética; se trata de versos sencillos, lindos de la belleza de lo directo y de lo

natural, que revelan un alma enamorada de lo autóctono, un conocimiento acendrado del campo, un afán irresistible de cantar.

A veces Correa abandona el metro clásico de la décima, pero se desempeña igualmente con soltura en la cuarteta, en el romance, y en otras formas posteriormente empleadas por la poesía nativa.

En ocasiones, el tema está constituido por la evocación melancólica del mundo perdido de los criollos; otras, él desenvuelve un asunto dramático, como en los antiguos "compuestos", siempre la misma fluidez, la misma sensación de que canta improvisando. Yo me los quisiera a esos versos animados por la propia voz del autor, y mecida ella en los acordes de su instrumento.

¡Quién sabe!...

Esa guitarra permanece encordada y bien templada.

Y el ánimo, estoy seguro no desmaya en el corazón de mi amigo.

Mientras tanto, es seguro, estos poemas, no siempre nos llegarán por los ojos, a través de la lectura, alguna vez habremos de oírlos en boca de algún joven cantor, al compás no de una sino de dos guitarras.

Porque allí habrá también una muchacha haciendo la "tercia alta"...

Es el verdadero destino del canto.

Los pájaros pasan, pero él no. El canto queda.

FRANCISCO ESPINOLA (Hijo)